

PRÓLOGO

Para muchos historiadores, la *económico-social* ha dado de sí cuanto puede y se ha agotado en sí misma. Un largo ciclo historiográfico habría periclitado incapaz de superar la frontera de lo local, el cuantitativismo científico –no exento de errores como el que producen los cálculos con intención de exactitud sobre fuentes inexactas–, y las hipótesis prefabricadas. El rechazo de la historia política, del papel del individuo en la historia y del horizonte cultural-mental habrían sido otras graves carencias de la vieja metodología, un lugar común de la crítica de la *nouvelle histoire* y de todos los rupturistas actuales. Sin embargo, la *escuela* ha sido durante los últimos cincuenta años la responsable de la revolución historiográfica de la que siempre seremos deudores.

A España la modernización de la historia llegó tarde y con dificultades. El franquismo había construido una historia de ideas a la que le molestaban no sólo los datos sino, por sorprendente que parezca hoy a los jóvenes, incluso los hechos históricos. La meseta berroqueña vapuleada por sempiternos enemigos, exteriores, interiores y periféricos, había alumbrado gigantes que asombraron al mundo ¡Cómo se iba a decir que aquella España Imperial tenía los pies de barro! La Castilla austera y tenaz, corazón de virtuosos y guerreros –aquel *mitad monje mitad soldado* tan del gusto de la fanfarria nacional-católica– no necesitaba estudios que airearan el rentismo, la despoblación, la pobreza, el paro, la injusta distribución de bienes e impuestos, la riqueza de las mitras y la pobreza de los párrocos. Menos aún la diversa composición de la *Monarquía Universal*, de su *única Iglesia*, o las complejas relaciones institucionales y sus diversos entramados jurídicos y económicos. Los historiadores pioneros sufrieron calladamente, pero consiguieron transmitir a sus discípulos la concepción de la historia como necesidad social y arma intelectual de un futuro político distinto.

A falta de una tradición historiográfica liberal como la anglosajona –hubo, sí, notables excepciones que afortunadamente hoy se reconocen– y del

conocimiento de las aportaciones de la historiografía marxista europea, la modernización en España fue un híbrido entre lo poco que llegaba del exterior y lo que, apresuradamente, se construía en torno a los pocos viejos maestros que habían logrado mantener su independencia y veracidad, muchos al margen de la universidad. En esa endeble situación, el primer ámbito de la nueva historia de España hubo de ser necesariamente la *económico-social*. Porque, antes de nada, había que cuantificar los procesos sociales y económicos, responsables de una historia del olvidado pueblo español. Después de décadas de *España una*, los laboratorios regionales incorporaban *variedades* que fundamentaban los nuevos escenarios de reflexión sobre el pasado de los españoles. Se conocían nuevos problemas y diversas soluciones *históricas* cuyos efectos diferían en función de las regiones, las clases y estamentos, el marco económico y las diferentes estrategias. España no era sólo mesta y trigo; había aceite, pescado, seda, huerta y bosque, puertos, minas e industrias. Además, reaparecía una dialéctica histórica que rechazaba la unilateralidad de los conflictos sociales, el enemigo exterior e interior; en suma, se iba construyendo el discurso de la *homologación*: ni grandezas imperiales ni marginalidad histórica. España y su historia y la historia de sus regiones eran una pieza más de la historia del mundo y de Europa.

Aquí, en La Rioja, la historia, como tantos otros bienes del espíritu, tardó en abrirse camino y los frutos llegan tarde. Ya lo decíamos en el libro de los señoríos del XVIII: parece que todo lo que hacemos huele a viejo. No es sólo a causa de la carencia de universidad hasta 1992; también influye la *debilidad regional*, la falta de apoyo institucional, el que en otras regiones estimuló la producción historiográfica. El proyecto regionalista, aquí prácticamente inexistente, se aferra, quizás por simpatía o por ingenuidad, a la necesidad de un pasado propio único y unilateral sin tomar en cuenta que la mejor contribución histórica de La Rioja es precisamente la que proviene de lo contrario: de la historia de las tierras de frontera y de paso, de confluencia de mundos diversos, de migraciones y repoblaciones. Aquí, en contra de la corriente, la historia no es ni ha sido útil para el proyecto regional al uso. Cuando se querían berones aparecían pelendones o vascos; cuando se pretendía un imperio en Nájera, los viejos reyes de Castilla y Navarra se carcajaban en sus tumbas; cuando La Rioja blasonaba del nacimiento *emilianense* del castellano, aparecían glosas *silenses* y términos escritos en euskera. Los canteros vascos y cántabros fueron los responsables del arte monumental riojano; las ferias castellanas y el consulado de Burgos estimularon el negocio de la lana que fue el responsable de los primeros capitales

invertidos en viñas, en un *siglo del Emperador* magnífico en La Rioja; en fin, el desarrollo del *Rioja* dependió tanto de la crisis de los caldos de la ribera del Duero en el siglo XVII como de la demanda del mercado vasco y luego del capital francés.

Es la frontera, una tierra de aduanas y contrabando, de vigilancia inquisitorial y control militar, de cruce de caminos y arrieros, de salida y llegada de hombres y productos. Los pueblos fueron *bastides*; Calahorra sede episcopal de las Provincias Vascongadas; Logroño, sede del Tribunal Inquisitorial que llegaba hasta el Cantábrico y el Pirineo después de haber sido el cuartel general desde el que Fernando el Católico conquista Navarra en 1512. Los condes de Haro fueron señores de Vizcaya y el duque de Nájera, capitán general de Navarra. El primer impresor, Brocar, era flamenco como muchos escultores renacentistas. Los grandes científicos Delhuyar vienen de Francia, Espartero es manchego, la familia de Sagasta navarra y la del marqués de la Ensenada de origen vasco. Las hidalguías riojanas son en su mayoría de procedencia vizcaína o alavesa cuando no de claro (oscuro) origen judío. Las tradiciones moriscas pervivían en Cervera en el siglo XVIII. En fin.

No hay oportunidad, pero sí oportunismo. El gobierno sigue con los monasterios y los caminos de Santiago o de la lengua, *caminos del espíritu* por los que parece que transitaban sólo los peatones de aquella *república de hombres encantados* que denunciaba González de Cellorigo en 1600. Ideas sí, hechos sólo los imprescindibles. Parece que los caminos no trajeron ni llevaron mercancías, vino, pan y lana, pimienta y caballos, tabaco y ropa, ni que fueran recorridos por soldados o emigrantes, trabajadores temporeros vascos y serranos en busca de amo en el valle; ni que sirvieran al tráfico de libros, que la Inquisición de Logroño interceptaba, o al contrabando que se pasaba por la noche por el Ebro para evadir la aduana de Logroño.

Los viajeros contaban que aquí, en la frontera, se empezaba a pagar en reales y maravedís y que las florecientes ciudades del Quinientos decaían. Hoy sabemos que era a causa de la inflación, el cierre social de las oligarquías urbanas, la deserción de los burgueses del peligroso mundo de los negocios y la clericalización de la vida. Bruscos cambios, ligados a la propiedad y al comercio del vino y a una mentalidad propicia a la refeudalización, habían hecho de las ciudades riojanas –Logroño, Nájera, Calahorra– poblachones cerrados dominados por una nobleza de segundones inútiles. Pero los vinos actuales llevan nombres de condes y marqueses que nadie sabe quiénes son; los orígenes de la Autonomía se mitifican con una presunta reu-

nión de diputados en Santa Coloma sin que nadie se preocupe por saber quién era Herreros de Tejada, el marqués de San Nicolás o el conde de Superunda. Se dice amar nuestra rica historia, pero la historia huye al rincón más oscuro de la universidad, único lugar donde todavía resiste no ya la incuria sino el desprecio de los naturales.

Pues bien, tarde una vez más y en este ambiente, aquí está este libro: acudiendo a una cita a la que a Santiago Ibáñez sólo le llama el reto del gremio, al que entrega un producto genuino de la económico-social, la base más firme –y la única– para conocer qué pasaba con las cuentas de la diócesis de Calahorra en los siglos XVI al XVIII y, a través de esa declaración de ingresos que son los diezmos –la única detracción proporcional del Antiguo Régimen–, acercarse a la producción agraria de La Rioja, a su evolución y a las estrategias del campesinado y de los propietarios. Su autor anda ya metido en otros asuntos, pero, sin duda, los nuevos caminos que encuentra provienen de este primer cimiento que también seguirá sosteniendo otros trabajos y otras reflexiones.

Gracias al trabajo de Santiago Ibáñez sabemos por fin cómo contribuía cada pueblo a sostener a la jerarquía eclesiástica y cómo se producía el reparto: cuánto llegaba al obispo y cómo; cuánto se invertía y por qué en tierras o en censos o en inmuebles, dependiendo de coyunturas perfectamente trazadas que aportan novedades a la historia de Castilla desde su frontera. También se conoce por este trabajo y otros del autor la evolución de la producción del vino que, por cierto, aporta sorpresas. Muchos pueblos que hoy son grandes productores no lo eran hace unos siglos y al revés. Las sierras riojanas, proveedoras de productos artesanales, consumían vinos de las comarcas de Arnedo y Nájera, que producían bastante más que hoy. La raya del Ebro tardó en despegar: el camino a Santander y la decadencia del *camino francés* modificaron el paisaje agrario del valle: el *todo viñas* de Jovellanos. Pero también el impulso estatal de las manufacturas en el XVIII alteró el terrazgo. El cultivo del cáñamo y del lino aumentó en La Rioja Baja –lo había hecho ya en el XVI– bajo el reclamo de la necesidad de sirgas para la marina y calzado barato para el ejército. El olivar ocupaba mucho más espacio y las hortalizas que hacen célebres hoy a algunos *pueblos conserveros* ni se conocían. La patata no entraba en la dieta humana y los melones y sandías se plantaban entre las cepas. Buena parte de la uva se destinaba a la destilación desde que a fines del XVIII se difundió el revolucionario invento alcohólico. En fin, para asombro de nuestras gentes del vino, el vino del año era más caro que el *viejo* y el *reviejo*, y las mejores viñas estaban en rega-

dío; la ordenanza logroñesa establecía que tuvieran preferencia absoluta en el turno de riego incluso sobre el cereal, un producto indispensable que las ciudades vinateras riojanas tenían que importar. En muchos pueblos se producía más cebada que trigo, porque había que alimentar a las recuas de mulas de los arrieros y los mercaderes de vinos. Tal llegó a ser la avalancha de arrieros vascos desde el último tercio del XVII que el Concejo de Logroño tenía contratado a un «perito en lengua vascongada» para facilitar los tratos. En definitiva, La Rioja agraria que aparece en este libro es notablemente diferente a la que la tradición –y algunos libros insensatos– ha venido reflejando.

Santiago Ibáñez ya había dado muestra de su capacidad de historiador en la Historia de Logroño, en los volúmenes III y IV, en un libro sobre los señoríos en el XVIII (Logroño, UR, 1996) y en varios artículos. En uno de ellos (Brocar, 1995) se enfrentó decididamente al problema de la metrología antigua, un obstáculo que todavía invalida muchos estudios sobre la economía del Antiguo Régimen. Baste saber que en los pueblos de La Rioja –como, en general, en Castilla– la extensión de una fanega puede oscilar entre 2.592 varas castellanas cuadradas y 5.005. Con esa variación, similar a la que presentan otras medidas, o se resuelve pueblo a pueblo el problema de la conversión o los cálculos y las series habituales no sirven para nada. Afortunadamente, tras el trabajo del profesor Ibáñez, todos los investigadores pueden al fin medir con exactitud.

Recientemente, Santiago Ibáñez ha abordado otro de los problemas irresueltos que también anticipa en esta obra: la diversidad y particularidades del clero de la diócesis de Calahorra, su extensión territorial y las diferentes fórmulas administrativo-eclesiásticas que la integraban (Brocar, 1998). Con un exhaustivo aparato crítico, el autor describe con detalle el complejo mundo de una diócesis especial, dilatada hasta el Cantábrico, en la que se habían mantenido «estructuras organizativas arcaicas» y dominaba la diversidad parroquial y el problema del control eclesiástico. En muchas iglesias imperaban los «patronos», en otras, «la mayor parte habla en vascuence» y «como (los curas) no saben romance, la gente se salen ayunos del sermón». Los problemas de jurisdicción, de cobro de diezmos, de visita, etc. son resueltos al fin en un trabajo perfectamente construido que además aporta una cartografía histórica monumental, como la que el lector verá también en estas páginas, frecuentemente con agrado por compensar la aridez de un texto necesariamente técnico. Con el tiempo, esta primera entrega sobre la diócesis se convertirá en un magnífico y necesario libro.

Este que tenemos el placer de prologar es un clásico estudio doctoral, en la línea de las grandes tesis metodológicas que no sólo proporcionan resultados sino que, además, descubren el complejo proceso de elaboración. Este es, en suma, un diálogo permanente con las fuentes y con los resultados avanzados por otros historiadores. En ningún momento el lector verá una sola idea que no esté comprobada empíricamente. Todo argumento es histórico, es decir, ha sido proporcionado por la propia historia. Todo dato es local: no se conoce ninguno que no lo sea en las reconstrucciones históricas; pero ninguna conclusión lo es. Antes al contrario: el abundante aparato crítico es, dialécticamente, punto de partida y lugar de encuentro de datos e ideas que convergen en las líneas historiográficas ya trazadas anteriormente y de las que el autor es beneficiario. Las elaboraciones de A. García Sanz, A. Marcos, B. Yun, L.M. Bilbao, Fernández de Pinedo y tantos otros estudiosos están presentes constantemente como si se tratara de agentes dialogantes a los que interrogar, complementar, mostrar el acuerdo o el disenso. En todo caso, para continuar un proceso constructivo, abierto y con un único objetivo: una historia veraz, crítica y segura.

Así es esta obra del joven historiador profesor de la Universidad de La Rioja y así serán en el futuro los nuevos trabajos que saldrán de su ordenador, especialmente ese estudio globalizador sobre la diócesis de Calahorra que esperamos ansiosos. Todavía la historia total, el proyecto globalizador, la cuantificación, la vieja *económico-social* siguen siendo necesarias, como lo es la vía de *constructor de la historia* que el profesor Ibáñez ha sabido elegir entre tanta hojarasca decorativa y pintoresca como hoy recubre a la historia.

José Luis Gómez Urdáñez
Catedrático de Historia Moderna